

Secretaría de Prensa

DISCURSO DE S.E. EL PRESIDENTE DE LA REPUBLICA,
D. PATRICIO AYLWIN AZOCAR, EN ENCUENTRO CON
JOVENES CRISTIANOS

LA SERENA, 26 de Enero de 1992.

Yo había preparado una pequeña minuta para hacer mi exposición, pero después de oír a Victoria y a Enrique, prefiero, aunque resulte tal vez más desordenada mi exposición, ir haciéndome cargo de los temas que ellos han planteado, desde la perspectiva que yo tengo -como ha dicho el señor Arzobispo- como político, como cristiano y, por la responsabilidad que desempeño en la tarea de realizar el bien común en nuestra Patria.

En primer lugar, muchas gracias señor Arzobispo y a todos ustedes por haberme invitado a participar en este Encuentro. El nombre de este Encuentro es muy estimulante: "Tiempo Favorable". En el fondo, tiempo de esperanza.

Aquí, tanto Victoria como Enrique, nos han contado los lados oscuros de este tiempo. ¿En qué basamos nuestra fe para afirmar, sin embargo, y yo la tengo muy honda, de que el tiempo es favorable y de esperanza?

Antes de entrar al tema, quiero decirles que agradezco especialmente esta invitación por tratarse de un encuentro con jóvenes. No son palabras de mera cortesía. Hablar con los jóvenes es siempre un desafío y una responsabilidad para quienes ya somos viejos, por lo menos en años, aunque creamos que no en espíritu.

La urgencia de los jóvenes

La juventud representa el futuro y, en consecuencia, la esperanza. Pero la juventud representa otra cosa, representa el idealismo, la descontaminación en relación a los intereses creados

que a lo largo de la vida van amarrando a la gente.

Cuando se es joven no se piensa tanto en el propio interés ni el interés del grupo. Se piensa en el bien común, se piensa en el ideal, se piensa en una sociedad más justa, en que haya más amor, en que haya más solidaridad, en que las posibilidades de progreso y bienestar sean reales para todos.

Y el joven, con natural ímpetu, con el ímpetu propio de sus cortos años, es impaciente; quiere que los problemas que limitan la transformación de la sociedad hacia ese anhelo de una etapa superior, se resuelvan rápido. El tiempo corre rápido para los jóvenes. De ahí viene su urgencia y viene también su desesperanza. Decía Enrique que muchos jóvenes están decepcionados del proceso democrático, las cosas aún no han cambiado.

Para responder a estas legítimas inquietudes permítanme que parta haciendo algunas reflexiones sobre la vida. Porque es a partir de un claro entendimiento sobre la vida que podemos evaluar con seriedad y perspectiva estas interrogantes que nos formulamos.

¿Para qué vivimos?

¿Qué puedo decirles yo sobre la vida? La vida es un don de Dios, la vida nos fue regalada. Pero esta vida no nos ha sido dada hecha. Tenemos que hacerla nosotros.

Y entonces viene la primera pregunta: ¿Para qué existo? ¿Para qué dispongo de esta vida? ¿Para gozarla? ¿Para pasar rápidamente estrujando todos los bienes que nos puede dar en satisfacciones personales, en placeres? ¿O nuestra vida tiene un sentido que nos trasciende a nosotros mismos? Categóricamente afirmo que nuestra vida tiene un sentido superior.

Un psiquiatra alemán, Víctor Franck, dice que la gente a menudo se pregunta ¿qué espera de la vida?, y que la recta pregunta debe ser ¿Qué espera la vida de mí, qué le puedo dar yo a la vida? En otros términos ¿cuál es mi tarea?

Para un cristiano la tarea está clara en el mensaje del Evangelio: "Buscad primero el Reino de Dios y su justicia, y todo lo demás se os dará por añadidura". Y cuando rezamos el Padre Nuestro pedimos que venga ese Reino y pedimos que se haga la voluntad del Padre.

¿De qué manera colaboramos nosotros a esos objetivos?

¿Nos preguntamos cuál es la voluntad del Padre? ¿Nos preguntamos qué puedo hacer yo para que se haga la voluntad del

Padre y así se avance en la construcción del Reino? ¿Cómo hacerlo?

Nos encontramos con una realidad: cada uno de nosotros no es él solo.

Realidad personal y condicionantes externos

Uno de los más grandes pensadores españoles de la primera mitad de este Siglo, Ortega y Gasset, dice: "Yo soy yo y mi circunstancia".

Efectivamente, cada cual se encuentra, por una parte, con sus anhelos, sus esperanzas, sus propósitos, su visión del mundo, su idea de lo que quisiera, y se encuentra, por otra parte, con la limitación que le imponen las realidades en las cuales vive. Esas realidades dolorosas, que ha señalado Victoria, que sufren los jóvenes pobladores; esas realidades acuciantes, que Enrique ha recordado, que sufren los jóvenes estudiantes.

"Yo soy yo". Cada uno de ustedes es un "yo". Y un "yo" es dos cosas: es un individuo y es una persona. Me explico. Cada uno de nosotros es un individuo de la especie humana, uno de los cinco mil millones de habitantes que hay en la Tierra, de seres humanos que hay en la Tierra. Pero cada uno de nosotros es mucho más que un individuo: es una persona. Es decir, es un hijo de Dios, creado a su imagen y semejanza, que tiene un destino trascendente más allá de esta vida, que está dotado de inteligencia o razón, a diferencia de los demás seres animados, que tiene voluntad y que goza de libertad. Inteligencia o razón que le permite distinguir lo bueno de lo malo. Voluntad que le permite tomar decisiones y perseverar en ellas, que le permite acomodar su conducta a los dictados de la razón. Y libertad para escoger en cada momento de su vida. Vivir es elegir.

Todos los días, desde que amanecemos, cada uno de nosotros se encuentra ante disyuntivas entre las cuales tiene que elegir. ¿Yo venía para acá, o a raíz de una indisposición que tuve anoche, me quedaba en mi casa? ¿Ustedes venían a este encuentro, que les ha exigido sacrificios, pero que les es estimulante, o se quedaban cómodamente haciendo su rutina diaria? Cada mañana ¿me levanto a la hora que debo o cedo a la tentación de quedarme más rato enredado entre las sábanas?

Les estoy planteando dilemas elementales. Hay dilemas mucho más graves, mucho más serios, mucho más trascendentes. ¿Me entretengo perdiendo mi tiempo o trato de estudiar, de aprender? ¿Soy flojo en el trabajo, o soy perseverante y esforzado? A qué seguir. La vida es un constante elegir.

Pero en esta tarea nos encontramos con la circunstancia. Estamos condicionados por el medio. Hay circunstancias de tiempo. Todos ustedes han nacido y viven en las postrimerías del Siglo XX, en una realidad que tiene determinadas características: sociedades de masas, sistemas económicos que suelen posponer los valores de moral y de justicia a las ventajas del mercado y a la tendencia natural a la ganancia. Este mundo en que vivimos, de alguna manera nos condiciona.

Sería fuera de la realidad aspirar a cambiar este mundo en pocos años, para convertirlo en lo que Tomás Moro se imaginó en su utopía, u otros que construyeron también sociedades imaginadas como perfectas.

Estamos también condicionados por una realidad de lugar. Nosotros somos chilenos, vivimos en esta larga y angosta faja de tierra, con esta loca geografía, país que potencialmente tiene muchas riquezas, pero que cuesta mucho extraerlas; tiene un régimen de lluvias y un régimen de derroche de sus aguas, sus reservas de agua de la Cordillera que caen al mar, lo que no facilita el cultivo de nuestra tierra; tiene potencialidades como su mar, pero en esta enorme extensión constituyen un desafío enorme, en un país que es pobre.

Hay naciones en la Tierra en que el ingreso por habitante es de 10 mil dólares al año, 20 mil dólares al año, 30 mil dólares al año. Chile pertenece al mundo en desarrollo. Nuestro ingreso por habitante es ligeramente superior a 2 mil dólares al año. No podemos pensar en tener, a corto plazo, una realidad semejante a la de aquellos países altamente industrializados. Y no nos podemos quejar, en el sentido de que hay otros que tienen aún menos.

Tenemos esta realidad de que en el mundo subsiste la pobreza, a pesar de los progresos tecnológicos, los desarrollos de la economía, los fabulosos ascensos de la ciencia. En el mundo subsiste un abismo entre los ricos y los pobres. Y hay no sólo pobreza, sino que hay miseria. En nuestro país decimos que hay 5 millones de pobres y que hay 2 millones en extrema pobreza. Son realidades que forman nuestra circunstancia.

Vivir es convivir

Yo vivo aquí y ahora. Luego, tengo que partir de la base de que estas circunstancias me limitan, como me limita el entorno humano en que vivo.

Vivir es convivir. Nadie vive solo. Todos vivimos formando parte de comunidades humanas, empezando por la familia, siguiendo por el vecindario, el barrio, la población, la comuna, la ciudad,

la región, la Nación, la escuela, la universidad, el taller, la fábrica, la empresa, la asociación deportiva, el centro cultural, el partido político, el sindicato, la cooperativa, las iglesias. Tenemos una fe, y esa fe nos crea una hermandad entre todos los que comulgan con ella, participan en ella. Somos parte de la familia cristiana y, más específicamente, los que estamos aquí, de la familia católica. Estas circunstancias condicionan nuestra existencia.

Y entonces, tomada la determinación: "yo quiero luchar por el bien, quiero luchar por la justicia, quiero construir un mundo mejor, yo rechazo lo malo, anhelo lo bueno, y estoy dispuesto a luchar por ello", tengo que adecuar esa decisión a esta realidad de mi circunstancia. ¿Cómo hacerlo en esta circunstancia? No estamos en el aire, no estamos en la estratósfera. Estamos con los pies en la tierra. Y la gran tarea es, para ser eficaces, no limitarse a soñar.

¡Ay de los jóvenes que no sueñan! No merecen llamarse jóvenes. Pero no basta con soñar. Es necesario tratar de construir ese sueño, a partir de la realidad. Hacer que ese sueño sea fecundo. Y no va a ser fecundo si no sembramos la semilla en terreno fecundo. Es como si quisiéramos que un árbol nos produzca su fruto. Tenemos que saber en dónde plantamos ese árbol, conocer las características de la tierra, preparar esa tierra, abonarla; tenemos que encontrar manera, aunque sea escasa el agua, de regar esa planta; tenemos que cultivarla, tenemos que podarla, tenemos que ayudarla a formarse, y entonces producirá sus frutos.

Este KAIROS ha versado específicamente sobre el tema de la familia, y yo quisiera, brevemente, hacer alguna reflexión en torno a ese tema.

La familia: santuario del amor

La familia es nuestra primera circunstancia. Nacemos en el seno de la familia. La familia es lo que primero nos da la sensación de pertenencia, de no ser seres huérfanos, solitarios, abandonados en el mundo. Nuestras primeras raíces están en la familia. La familia es el lugar por excelencia donde se cultiva el amor, es el santuario del amor. Del amor de la madre y del padre por su hijo, de los hijos por los padres; del amor del hombre y de la mujer, que han unido sus vidas porque se quieren, y quererse no es sólo querer al otro para mí; es, fundamentalmente, entregarme yo al otro, al ser querido. Es ser capaz no sólo de demandar, sino de dar.

Convivir exige un gran esfuerzo: exige el esfuerzo de comprender al otro. Si no somos capaces de ponernos en el lugar del otro, de esforzarnos por comprenderlos, naturalmente la

convivencia va a terminar en disputas de egoísmos. Somos personas y por lo mismo hay una diversidad enorme de pensamientos, de visiones, de ideales, de aspiraciones, de criterios, de puntos de vista, de opiniones. Y es bueno que sea así. Esto enriquece la condición humana. ¡Por Dios que sería fome y pobre el mundo si todos pensáramos y sintiéramos exactamente lo mismo! La riqueza está en esta diversidad.

Pero la diversidad tiene que fundarse en el respeto a la dignidad de cada persona y en el reconocimiento del derecho del otro a pensar distinto que yo, de tener otra visión, y en el esfuerzo de tratar de entenderlo. Es el esfuerzo que los padres tenemos que hacer para tratar de entender a nuestros hijos, que tienen una visión distinta, la visión de su juventud, a veces de su inexperiencia, frente a la visión más experimentada, pero a veces más anquilosada, de los viejos.

Es la capacidad de entenderse entre marido y mujer, ponerse en el caso del otro, tratar de comprender por qué una actitud, de ella o de él, que no concuerda con lo que yo esperaba, y en lugar de enojarme, tratar de entenderla, y tratar de buscar en un diálogo la forma de superar el malentendido.

La familia, decía, es el santuario del amor. El sentimiento más noble del ser humano es el amor. Y para un cristiano es un mandato: "amaos los unos a los otros"; "ama a tu prójimo como a ti mismo". ¿Y quién más prójimo que mis padres, que mis hijos, que mi mujer, que mi marido, que mis hermanos, que mis abuelos, que mis nietos, que mis tíos, que mis primos?

Se habla mucho de que en Chile la familia está en crisis. Yo diría que verdaderamente debemos meditar y hacer un estudio serio, acabado, sin prejuicios, no encasillándonos a priori en posiciones irreductibles, sino que a partir de un examen objetivo de la realidad: qué pasa con la familia chilena. ¿Se ha debilitado la familia chilena? ¿Son más débiles los vínculos que nos unen en nuestros hogares y en nuestro mundo familiar? ¿Qué podemos hacer para superar ese problema, si es que existe y en la medida en que exista?

Yo creo, a priori, que hay un debilitamiento del concepto de familia, y creo que es fundamental que más allá de las discrepancias, que si alguien es divorcista o no divorcista -para nosotros el matrimonio es un sacramento indisoluble; pero tenemos que admitir que hay gente que piensa distinto- debemos, como Nación, hacer un esfuerzo serio por hacer un buen diagnóstico de cuál es la realidad de los problemas de la familia chilena, y luego, sobre la base de ese diagnóstico, estudiar de qué manera podemos ir solucionando esos problemas, de qué manera podemos tratar de vigorizar a la familia como base, célula fundamental de una sociedad verdaderamente humana.

El desafío de la pobreza

Victoria decía que los jóvenes se tornan pesimistas ante la crueldad de la pobreza; que creen en la vida, pero que sufren el dolor de esta realidad que lleva a muchos a caer en la inercia, en el gastar su tiempo chuteando piedras en las esquinas, cuando no a caer en tentaciones.

Frente a esta realidad, no faltan quienes se escandalizan y dicen "la juventud es un problema; es drogadicta, es alcohólica, es violentista". Yo les digo categóricamente: ¡No comparto esos juicios! ¡La juventud de Chile no es problema! ¡La juventud de Chile es una realidad, una realidad humana que constituye un desafío para la Nación entera, y un desafío para ella misma!

No es cuestión de confiar en que los jóvenes esperen que los viejos les resolvamos los problemas, pero no es cuestión tampoco de que los viejos digamos que los jóvenes se rasquen con sus uñas. Tenemos que colaborar.

De aquí la importancia que yo personalmente atribuyo, y que mi Gobierno atribuye, a la lucha contra la extrema pobreza, lo que hemos llamado las tareas sociales y el gasto social de nuestro Gobierno. Si hemos incrementado los impuestos que pagan quienes ganan más o quienes gastan más, no ha sido para dilapidarlos. Ha sido para gastar más en educación, en salud, en vivienda para los pobres de Chile, ha sido para ir avanzando en superar este drama de la extrema pobreza.

Pero, indudablemente, es tal la magnitud del problema que no pueden esperarse resultados en uno o dos años. Estamos avanzando. No voy a dedicarme, en esta ocasión -porque podría parecer que he venido a hacerle propaganda a mi Gobierno- a dar cifras sobre lo que se ha hecho y los avances que se han logrado. Quien quiera que juzgue la realidad tiene que admitir que hay progresos importantes; pero tengo clara conciencia de que esos progresos son absolutamente insuficientes, que es mucho más lo que falta que lo que hemos avanzado.

Y en eso necesitamos la colaboración de ustedes: que los jóvenes chilenos sientan que estamos en la tarea de construir una sociedad más justa, de derrotar la extrema pobreza, de crear una sociedad verdaderamente humana y solidaria.

Decía Enrique que los jóvenes comparan los ideales con la realidad, pero reconocía que a veces no vivimos como pensamos. Dos caras. Indudablemente que el contraste entre los ideales y la realidad es dramático. Y la gran tarea es esforzarnos todos

juntos, cada uno en la medida de sus fuerzas, dentro del ámbito de sus circunstancias a que antes me referí, por ir cambiando esa realidad para hacerla más parecida al ideal, a lo que queremos.

Y ésta es tarea de todos. No es sólo tarea de un Gobierno, ni de un partido, ni de una combinación. Esta es tarea de la sociedad chilena. Y en la medida en que tomemos conciencia de ello y cada uno nos enrolemos en las acciones que para cumplir esa tarea superior son necesarias, en el ámbito de nuestras respectivas circunstancias, iremos avanzando.

No es razonable, aunque lo entiendo, que haya decepción sobre el proceso democrático. No es razonable. Lo entiendo, porque anunciamos que queríamos cambiar, terminar la dictadura y establecer la libertad, terminar la injusticia y crear condiciones humanas, derrotar la extrema pobreza, y todavía hay injusticia, y todavía hay pobreza, y hay extrema pobreza. Pero, nadie dijo que lo íbamos a hacer en dos años, ni en cuatro. Yo terminaré mi período y no habremos solucionado los problemas de Chile. Chile, como tarea, seguirá, y otros tendrán que tomar la bandera de la posta para seguir adelante, vendrán relevos para seguir avanzando.

El valor de la democracia

Nadie dijo que la democracia significara por sí sola la solución de todos los problemas. La democracia es, sobre todo, una forma de convivencia, una convivencia que se funda en el respeto recíproco a las personas. Se trata de construir una sociedad que reconozca como valor fundamental la libertad de cada persona. Se trata de encontrar la mejor ecuación entre dos cosas fundamentales: la autoridad, necesaria en toda sociedad, y la libertad de cada cual.

Si hacemos prevalecer simplemente la autoridad, tenemos los regímenes dictatoriales o autoritarios. La voluntad de unos pocos colocados en el poder manda, y el que está en desacuerdo, "allá él, es enemigo". En la democracia no hay enemigos dentro de la comunidad nacional. Hay gobiernistas y opositores, hay partidarios y adversarios, hay quienes piensan como yo y quienes piensan distinto, y tenemos que respetarnos todos.

En la democracia, la manera de conjugar la autoridad con la libertad es que la autoridad se genera por el ejercicio de la libertad, puesto que nace del consentimiento libre de la gente, que al votar expresa qué es lo que quiere de la autoridad. Al establecer plazos breves de duración de los mandatos, la democracia deja abierta la posibilidad de que si quienes están gobernando, porque la mayoría les confió esa tarea, no responden al anhelo mayoritario del país, en la próxima vuelta sean cambiados.

La democracia es la institucionalidad racional de la convivencia humana, en el ámbito político, y debe serlo también en el ámbito social y el económico.

Testimonio personal

Permítanme terminar con una especie de confidencia. El señor Arzobispo me planteó cuál es mi testimonio.

Yo nací en un hogar de clase media. Mi padre era Juez, él era libre pensador. Mi madre era muy católica, pero a su modo. No era lo que en términos corrientes se llama "una beata". Era bastante independiente para determinar la prioridad de sus deberes y entendía cumplir más la voluntad de Dios cuidando a su hijo enfermo que practicando ciertos ritos. No obstante estas diferencias se respetaban y querían mucho los dos. Y nuestro hogar fue muy feliz, no sin limitaciones, porque los ingresos de los jueces no son precisamente buenos, y nosotros íbamos, en más de alguna ocasión, al colegio con los zapatos rotos, con los pantalones parchados. Teníamos un gran sentido de familia, que gracias a Dios conservamos.

Mi padre tenía un gran sentido de la justicia. Él era un hombre de derecho, y era a la vez profesor. Pensaba que la educación no consiste sólo en transmitir conocimientos, sino que, fundamentalmente, en formar la personalidad. Y esto se logra sugiriendo ideales y logrando que la gente tenga hábitos. A uno le cuesta mucho ciertas cosas, pero si se habitúa a cumplir el deber después no le cuesta nada.

Educar es formar el carácter, que se compone de hábitos de vida y de ideales por los cuales luchar.

Mi madre tenía una gran sensibilidad social. Los problemas de los pobres, las injusticias, la rebelaban. Y nos formamos en la lectura de libros que nos motivaron en torno a estos temas: "Subterra", de Baldomero Lillo, que contaba el drama de los mineros del carbón; "Los Miserables", de Víctor Hugo; los cuentos de Edmundo de Amicis, cuando éramos más chicos, en "Corazón". Yo no sé si todavía se leen esos libros. Yo les recomendaría, si no se leen, tratar de leerlos.

Resultado. Desde joven tuve muy claro cuál era mi tarea en este mundo: mi tarea era y es luchar por la justicia, porque haya más justicia en el mundo, y concretamente en nuestra Patria; que haya más justicia en Chile. Y para realizar ese ideal, para ser útil en el logro de eso -porque no es sólo cuestión de proclamarlo y de gritar o de salir por las calles lanza en ristre a cambiar el mundo- estudié Derecho.

Pero luego me convencí que la mera práctica de la abogacía ayuda a que haya justicia en el ámbito privado o particular, pero para que haya justicia en la sociedad hay que cambiar estructuras, hay que participar en la conducción de los pueblos, hay que buscar el bien común, y la tarea de luchar por el bien común y construir el bien común, es la tarea del Gobierno, es la tarea de la política.

Ser político para mí no es ambicionar un cargo. Probablemente nadie me crea cuando digo que jamás ambicioné ser Presidente de la República; pero cuando las circunstancias crearon esta posibilidad, estimé mi tarea y mi deber asumir esa responsabilidad. Y en el desempeño de esa responsabilidad sigo fiel a los mismos valores en que creía cuando tenía 15, 18 ó 20 años: sigo aspirando al bien, sigo aspirando al respeto a la verdad. Sólo sobre la base de la verdad se puede construir una convivencia seria, pacífica. Cuando alguien miente introduce de inmediato el factor desconfianza.

El marido no le cree a su mujer, o la mujer no le cree a su marido, o los padres a los hijos o viceversa, si se sorprenden en mentira. Y esa desconfianza se convierte en recelo, y luego en odiosidad y, finalmente, en violencia.

Fue Solhenitzyn quien escribió "la mentira está siempre aliada a la violencia, y la violencia a la mentira". Sed fieles a la verdad, aunque no nos guste. Partir de la verdad, aunque nos sea adversa. Sólo sobre esta base podemos construir relaciones positivas, fructíferas.

Luego, reconocer la libertad de cada cual, cultivar la propia libertad, pero respetar la de los demás. Tratar de que la sociedad sea verdaderamente libre, no sólo en la libertad de los mercados. Los mercados son instrumentos, y a veces el bien común exige restricciones a los mercados. Si dejáramos en absoluta libertad el mercado de los cambios en Chile, el dólar bajaría mucho más y el peso subiría mucho más. En consecuencia, en el plano económico hay que regular la libertad como norma, con la limitación del bien común, porque una libertad indiscriminada puede conducir al abuso de los fuertes sobre los débiles, y puede producir efectos negativos para el desarrollo de la sociedad.

Luchar, sobre todo, por la justicia. Yo estoy aquí, "en esta

pega", como digo yo, en que el pueblo de Chile me puso, para tratar de que en Chile haya cada vez más justicia.

Y para eso, amigos, para construir una Patria justa y buena, como reiteradamente he dicho, no basta con el esfuerzo de un Presidente y de un Gobierno. Necesitamos la colaboración de todos.

Y como yo sé que los jóvenes chilenos anhelan lo mismo, una sociedad más libre, una sociedad más justa, una sociedad más solidaria, yo les pido su colaboración. Trabajemos juntos en esta hermosa tarea, que bien vale la pena entregar la vida por ella. Gracias.

* * * * *

LA SERENA, 26 de Enero de 1992.

M.L.S.